



Los alumnos de arquitectura que se recibieron en diciembre de 1968. A pocos días de que el ejército desocupara Ciudad Universitaria.

## EL 68 NO FUE FÁCIL, PERO SÍ FORMATIVO

GUILLERMO NAGANO ROJAS  
DEPARTAMENTO DE SÍNTESIS CREATIVA

**M**ucho se ha escrito sobre la década de los años 60, y mucho se deberá escribir antes que los sobrevivientes de dicha época desaparezcamos. Ciertamente 1968 fue un año marcado por manifestaciones de descontento de los jóvenes en varios sitios del mundo, descontento que se venía gestando desde el principio de la década o tal vez antes. La música fue un canal libertario, muchas veces reprimido, pero que a pesar de ello dio voz a la inconformidad. Los especialistas tienen más que documentada la génesis del movimiento musical y su desarrollo, por lo que aquí solo citare lo que de alguna manera se convirtió en el slogan que definió el comportamiento juvenil de aquellos que se atrevían a desafiar a una sociedad aun conservadora: “sexo, drogas y rock and roll”.

La inquietud social y cultural de los años 60 tiene sus raíces no sólo en la década que le precedió, sino en hechos históricos significativos que aquí no se analizaran, pero baste decir que la Segunda Guerra Mundial sería el referente inmediato al desarrollo de la cultura de los años cincuenta que a su vez creó condiciones para las manifestaciones, de todo tipo, en la década de los sesenta. La posguerra creó condiciones que fueron evo-

lucionando y abrieron paso a descubrimientos, inventos y comportamientos sociales. La industria automotriz, las tiendas departamentales y la televisión, se convertirían en un símbolo de *status* que cambiaron las costumbres, influyendo en las características de la ciudad. En la ciudad de México, el automóvil impulsó la pavimentación incluyendo los pocos cauces de agua que sobrevivían. La Calzada de la Viga, desde principios de siglo ocultaba bajo ella una parte del Canal Nacional y el Río de la Piedad daba paso a la primera vía rápida de la capital. El sismo de 1957 advertía de las consecuencias del desecamiento de la cuenca y la contaminación provocada por el transporte se sumaba al humo de los hornos de tabiques que aún se encontraban en los bordes de la ciudad.

Se comenzaba a crear una conciencia de que, así como el progreso tiene beneficios también tiene consecuencias, no siempre positivas. El movimiento *Hippy* o *Hippie* alertaba de las consecuencias nefastas de la guerra y los abusos contra la naturaleza, al mismo tiempo que impulsaba un gran desarrollo del diseño, principalmente en la gráfica y la moda.

Con cada vez menos retraso, las noticias y avances del progreso llegaban a la población, que los copiaba o tropicalizaba. A diferencia de hoy que todo es virtual, la consigna era vivenciar o vivir todas las novedades, lo cual encontraba desahogo principalmente en la música.

El diseño, en todas sus formas: gráfico, arquitectónico, industrial y urbano, no escapaba de esta tendencia. Ciudad Universitaria, Ciudad Satélite y el fraccionamiento Pedregal de San Ángel reflejaban tendencias de modelos europeos y principalmente americanos de organización de la ciudad y de la vivienda. En la escuela de arquitectura de la UNAM, impartían cursos profesores como Mathias Goeritz



y algunos que se habían aventurado a trabajar en despachos europeos.

En México los estudiantes de arquitectura, siguiendo el ejemplo, buscábamos trabajar en un despacho de prestigio, lo cual no siempre era posible, por lo que había que conformarse con ser dibujante de pequeños despachos, donde se aprendía mucho, pero se ganaba poco.

El servicio social era una buena alternativa cuando se conseguía ser enviado a trabajar en un estado del interior, donde se ponía a prueba la capacidad de adaptación y sobrevivencia. Era también la oportunidad de enfrentar la realidad del país.

En una realidad diferente, como dibujantes participábamos en despachos donde aún se proyectaban y construían mansiones y grandes edificios; la proximidad de los Juegos Olímpicos hizo que

Fotografía en blanco y negro con cámaras mecánicas y un gran trabajo de laboratorio propiciaron la publicación de libros como *Cowboy Kate* de Sam Haskins. Imagen proporcionada por G. Nagano.



los principales despachos compitieran por realizar los proyectos de la Alberca Olímpica, el Gimnasio, el Velódromo, la Sala de Armas, el Palacio de los Deportes, así como otras adaptaciones de edificios existentes. El trabajo en los despachos era verdaderamente febril y laborábamos a veces sin dormir, para cumplir con las entregas de los concursos. Una vez aprobados los proyectos ganadores, sólo los despachos que los realizaron mantuvieron y aumentaron su actividad. Para el resto fueron periodos de ocio. Un refugio para los que habíamos concluido la carrera fue el servicio social. Tras un intento fallido de realizar mi servicio social en el Teatro de los Insurgentes, fui a parar al Instituto Nacional de Antropo-

Las tendencias internacionales dejaban ver su influencia en los proyectos arquitectónicos de fines de los años 60. Proyecto de un edificio de oficinas  
D.F. Fotografía: G. Nagano.



logía e Historia (INAH) donde también se procuraba acondicionar a toda prisa el patrimonio arquitectónico.

El cine también contribuyó a despertar inquietudes y a crear conciencia de que algo andaba mal, lo que desembocó en una rebeldía hacia el *statu quo* y finalmente culminó con el movimiento del 68 y la matanza de Tlatelolco.

Al salir el ejército de Ciudad Universitaria, se reanudó la realización de los exámenes profesionales. Bajo la tensión de que el ejército tomara nuevamente la Ciudad Universitaria y dado que el Movimiento del 68 era aún una herida abierta; el 18 de diciembre de 1968 a las 13:00 horas, en las instalaciones de la Escuela Nacional de Arquitectura (ENA), ante los arquitectos Carlos Contreras Pages, Bernardo Calderón E. y Enrique Langenscheidt O., expuse mi proyecto "Teatro en la Ciudad de México" y después de una breve deliberación y breve ceremonia, tenía un documento que me acreditaba como arquitecto. Debo decir que de mi jurado sólo había tomado clase con al Arq. Bernardo Calderón; en cuya clase de estructuras, además de los cálculos propios del oficio, el pizarrón se llenaba sucesivamente de fórmulas y diagramas para determinar la distancia a la que una cuerda atada a un cohete espacial se rompería por su propio peso. Para la humanidad se iniciaba la competencia por llevar un hombre al espacio y para mi generación, el reto de diseñar el espacio del hombre.

Ignoraba yo las contribuciones que el arquitecto Contreras hacía al diseño urbano y a la arquitectura del paisaje y del arquitecto Langenscheidt supe entonces que se pronunciaba "Langeshain" y posteriormente que fallecería en un sospechoso accidente aéreo junto con el Arq. Jorge González Reina, el tenista "Pelón" Osuna y el Lic. Carlos Madrazo.

Fue la mía una generación que aprendió Estereotomía o corte en piedra, cuando aquellos canteros ya habían desaparecido y los carpinteros cimbraban paraboloides hiperbólicos en vez de hacer ensambles “cola de milano”.

Los especialistas empezaban a cobrar fama y se les definía como “alguien que sabe todo acerca de nada” en oposición a un todólogo, que era “alguien que sabe nada acerca de todo”.

Como integrante de las generaciones que transitaron de la “todología” a la especialización en el ejercicio profesional; todavía me tocó diseñar individualmente para usuarios de clase media (hoy compradores de viviendas de serie), sobre un restirador, dibujar con graphos, hacer copias en papel heliográfico y “maduro”; calcular con regla de cálculo, construir con tabique rojo recocido de 7x14x28 (que realmente medía .07 x .14 x .28 m), supervisar, gestionar y administrar obras sin más apoyo que una secretaria y un buen maestro de obras. Casi todo obsoleto o desaparecido hoy en día.

Junto con algunos amigos despachos de diseño y construcción hoy desaparecidos en los que fui dibujante, caricaturista, maquetista, perspectivista, diseñador gráfico, arquitecto, urbanista, promotor, administrador, gerente, constructor y supervisor de proyecto y obra.

Participar en el sector público también me permitió realizar actividades que incluyeron desde diseños de logotipos, hasta planes de desarrollo de ciudades y municipios, pasando por una variedad de otros diseños.

Hoy disfruto al tratar de compartir algunas de estas experiencias a los alumnos futuros arquitectos, de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Unidad Xochimilco; y antes a los del Taller 3, del Autogobierno de la entonces



Escuela Nacional de Arquitectura, de la UNAM; y de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales (ENEP), plantel Aragón. De todos ellos también he aprendido y sigo aprendiendo y veo con satisfacción que antiguos, más no viejos alumnos, hoy se desempeñan brillantemente como arquitectos y como personas.

En cincuenta años de vida profesional he conocido muchas cosas y olvidado otras tantas; pero para mí fortuna sigo aprendiendo de cada proyecto, obra, operario, usuario, material, estructura, instalación, espacio, programa arquitectónico y ahora cada dibujo. En la UAM, debo un gran reconocimiento al Sistema Modular que me ha permitido desarrollar junto con mis alumnos, trabajos de investigación, docencia y servicio. En todo ello encuentro el reflejo de una sociedad, un país y un planeta que cambian a cada instante.

La manera de construir también ha cambiado, así como el ejercicio de la profesión, sin embargo, encuentro que la arquitectura; pasada, actual y espero que la futura, sigan siendo lo que siempre han sido: fuente de bienestar, belleza y satisfacciones.

Eduardo del Rio  
“Rius” en la entrega  
de premios de  
un concurso de  
carteles.  
Fotografía: G. Nagano.